

A pesar de sus diferencias, o incluso gracias a ellas, ambos seres parecen marcar el mismo paso a medida que avanzan hacia la muerte o vienen desde ella.

La muerte del doctor Octavio Aguilar (Primer Premio en COPE de Cuento 1979), de Washington Delgado, nos presenta un personaje que, sorprendido por la muerte en pleno dictado de clase, no puede cumplir el inmediato trámite de deshacerse de su cuerpo y descansar en paz, pues lo atan compromisos diversos, uno de los cuales, acaso el más importante, es evitar a toda costa los gestos dramáticos (y la muerte lo es) o ridículos (ni la muerte se libra de ser ridícula en ocasiones). Porque se considera “hombre escéptico y razonador”, el doctor Octavio Aguilar, profesor universitario, padre de familia, reposado, discreto, y amante de la poesía de José María Eguren, no puede permitirse el desorden, el escándalo o la falta de tacto de llamar la atención sobre su repentina muerte en el aula, y así lo vemos respondiendo aún con irónica elegancia a la pedante intervención de un alumno, para quien los versos de Eguren son una excusa para desplegar su gélido furor interpretativo; o dejando que un colega lo acerque hasta su casa, en donde una tía política, a su vez, lo obligará a almorzar y a recibir luego la visita de otros colegas con la nueva de su elevación al decanato, la misma que deberá agradecer con un discurso de ocasión. Incluso, el doctor Octavio Aguilar se propone, por amor a su hijo, esperar el regreso de su esposa desde Trujillo: “Sumergirse totalmente en la muerte con la familia partida, el hijo pequeño y sin madre, era un disparate. No debía precipitarse, no debía ser egoísta”.

Abandonar sucesivamente el salón de clases y el claustro universitario durante la mañana, alcanzar después su casa, y ya allí el refugio nocturno de su habitación, atravesando el parloteo incesante de la tía o el abrazo cordial de colegas y alumnos, son sentidos por el difunto doctor Octavio Aguilar como obstáculos que debe ir venciendo, uno tras otro, con dignidad, en una suerte de odisea a escala doméstica, que concluirá por fin en el descanso deseado. Como en “Los Reyes Rojos”, el poema de Eguren que paladeaba aquel día en clase, Octavio Aguilar libra un combate desde tempranas horas hasta la noche contra la delicada pero pertinaz telaraña de las convenciones sociales, laborales y familiares: “Luchar contra la realidad desde el trasmundo de la muerte resultaba una dura faena”.

La imagen, cargada de fino humor, de quien “benévolo y difunto” o “difunto y sonriente” o “difunto y decano” o in-

El doctor Octavio Aguilar

ARTIDORO Y LA MUERTE

Rossella Di Paolo

Criaturas cautivas, suspendidas en el tiempo, el doctor Octavio Aguilar y Artidoro nacieron de la pluma de Washington Delgado, con una diferencia de 15 años. El primero, en un cuento cargando de fino humor; el segundo, en un poemario de sentida belleza.



Elizabeth Toguchi, Carlos Gassols, Washington Delgado, Pablo Guevara, Jorge Puccinelli y Esther Castañeda, 2001.

cluso “difunto y bien alimentado”, recorre pasillos universitarios o calles o escaleras de su casa guardando la compostura, hacia el cumplimiento o la culminación de su propia muerte a través del desasimiento del cuerpo y sus ataduras mundanas, es, en cierta forma, retomada 15 años después y en un tono más bien sombrío en el personaje de Artidoro, en el admirable poemario *Historia de Artidoro* (1994). *Artidoro camina hacia la muerte, / serio, formal, bien arreglado, hijo único / ... Artidoro camina hacia la muerte / como todos los días / y ni siquiera esconde en los bolsillos / las afiebradas manos / porque su madre le pidió hace tiempo / que guardara adecuada compostura / en la casa y en la calle y en la iglesia, / en cualquier sitio donde asentara sus pies o su desdicha...*

El talante cortés y discreto de ambos seres ofrece una curiosa coincidencia. Incluso en los aspectos en los que ellos difieren, se observa un juego de sutiles contrapuntos que no los distancia, sino que los hermana aún más, desde la forma misma como llegan hasta nosotros: Octavio Aguilar, en una prosa plena de lirismo; Artidoro, en versos que adquieren sostenido aliento narrativo, sobre todo hacia el final del libro, cuyo título también nos remite a la prosa. Octavio Aguilar, es, asimismo, un catedrático respetado por colegas y alumnos, un padre de familia amado por los suyos.

Artidoro, *sin familia llorosa ni antiguos compañeros*. El doctor Octavio Aguilar degusta ensimismado «la melancólica poesía sin tragedia de José María Eguren» y es un cumplido ejecutor de “esas pequeñas tareas de la apacible vida burguesa”. Artidoro, en cambio, sufrió prisión por sus ideas, se salvó milagrosamente de morir en un fusilamiento masivo, pudo escapar de la fosa común, y llevar una vida errabunda hasta que se estableció en Lima.

Hasta en los detalles más aparentemente triviales, observamos una extraña danza de afinidad/oposición entre ambos personajes: Octavio Aguilar no fuma, aunque ir a comprar cigarrillos es lo primero que se le ocurre decir cuando se encuentra con su hijo y no quiere lucir desorientado; y más adelante rechaza, casi con heroísmo, una buena taza de café. Beber café y fumar son, precisamente, los placeres de Artidoro (“Dulce desvelo”, “Defensa del tabaco y la lectura”), a los que se añade este de leer, el cual, de hecho, comparte con el doctor Octavio Aguilar, catedrático de literatura.

Es curioso, pero ambos seres parecen encajar en las dos caras de la expresión popular “muerto en vida”: Octavio Aguilar vendría a serlo en el sentido literal, pues se trata de un muerto reciente obligado a cumplir aún los pertinaces rituales de la existencia; y Artidoro, en el fi-

gurado, ya que desde el día en que en una pampa lejana sobrevivió al fusilamiento, ha conducido una solitaria y “oscura existencia”. *Pero llegó la vida, / desde el profundo reino de la muerte, / a levantar su cuerpo. / Su cuerpo que hoy pasea lentamente por las calles de Lima.* (“El encanto de Lima”).

La disposición de los hechos y la voz narrativa, que se sitúa muy cerca del personaje principal al punto que podría ser su conciencia, dotan a «La muerte del doctor Octavio Aguilar» de una espléndida ambigüedad, ya que cabría la sospecha de que el protagonista no estuviese realmente muerto, sino que se asumiese como tal en virtud de su hastío o la aguda conciencia de la futilidad de las cosas.

Sea como fuere, esta imagen de un ser fantasmal que camina, se prodiga en el cuento y en el poemario, así como ese meditar en esto y aquello con distanciamiento, rotas las amarras de la vida de todos, de sus preocupaciones banales, de su “perfume insustancial”. El doctor Octavio Aguilar, a través de la voz narrativa, desliza un “¿Qué le podía importar todo esto?”. Artidoro, por su parte, se pregunta: *¿Qué fin tiene la vida? / ¿Para qué pelear? ¿Por qué morir?* (“Vuelve Artidoro a contemplar la muerte”).

Desde una prosa y unos versos lípidos y sentidos, Octavio Aguilar y Artidoro, respectivamente, nos recuerdan en cierta forma a seres como Bartleby, el

inolvidable personaje de Melville, encallado en una orilla de la realidad. El estribillo de Bartleby, su “Preferiría no hacerlo”, bien podría acompañar como una música en sordina a estos personajes, también encallados y también inolvidables, de Washington Delgado.

En “Un caballo en casa”, uno de los poemas más hermosos de *Historia de Artidoro*, leemos estos versos, cuyo ritmo podría ir marcando, perfectamente, el paso errático del doctor Octavio Aguilar a lo largo del cuento: *En la ciudad muerta y anónima, / entre los muertos sin nombre, yo camino / como un muerto más. / Las gentes me miran o no me miran, / tropiezan conmigo y se disculpan / o me maldicen...*

En algunos poemas de Jorge Eduardo Eielson podemos hallar una sensación semejante, la de saberse un muerto entre los vivos, o entre otros muertos como él: *Completamente azul y despeinado / El corazón y la cabeza entre las nubes / Heme sin mejilla y sin mirada / Con un rayo de luna en el bolsillo / Para vivir / Uso una máscara de carne y hueso / Un cigarrillo y luego una sonrisa / O primero una sonrisa y luego un cigarrillo / Posiblemente encendido / Visto saco y pantalón planchado / Frecuente hoteles amarillos / Nadie me espera ni me conoce ni me mira / Mi cuerpo es humo materia indiferente / Que brilla brilla brilla / Y nunca es nada* (“Cuerpo transparente”/ Noche oscura del cuerpo).

Volviendo a lo visto líneas arriba, los lectores podríamos aventurar la idea de que el personaje de Octavio Aguilar pudo ser, sin perder en nada su consistente identidad, el embrión en prosa del personaje poético Artidoro. Asimismo, sin exclusión de la idea anterior, podríamos aventurar que Octavio Aguilar y Artidoro pueden ser dos expresiones no muy distintas en el contenido, aunque sí en el tono (risueño en un caso, serio en el otro), de un mismo núcleo de inquietudes existenciales y estéticas de su autor.

Pero aquí me detengo. Mi deseo no fue proponer aquellos “informes conceptos anquilosados y sin gracia” que impacientaban al bondadoso doctor Octavio Aguilar aquella última mañana en el salón de clases, sino reencontrarme esta tarde y otras más con el doctor Octavio Aguilar y con Artidoro, dos criaturas literarias que caminan por la vida y la muerte con íntegra belleza, y, junto con ellos, con el entrañable ser humano y poeta del que nacieron, y cuya reciente ausencia nos lastima. ■

“La muerte del doctor Octavio Aguilar”, de Washington Delgado, En: Premio COPE de Cuento 1979. Lima: Ediciones COPE, 1981. pp 143-167. Delgado, Washington: Historia de Artidoro. Lima: Seglusa Editores/Editorial Colmillo Blanco, 1994.